La Lengua de Castilla

Malta, 5 de agosto del Año del Señor de mil y quinientos y sesenta y cinco

El Gran Maestre La Valette entornó los ojos, parpadeó con ansiedad y se giró hacia Romegas y el maestre de campo, que ya habían desistido de advertirle que no se dejase ver de esa manera sobre el adarve. Mostraba unas ojeras tan pronunciadas que diríase que no había dormido una hora desde que comenzó el asedio.

—¿Estáis seguros de que se trata del sargento mayor? A esta distancia del bastión del Salvador resulta muy difícil distinguir sus rostros…

—Juraría que se trata de Juan Vázquez de Avilés— repuso Romegas con cierta vacilación—. La cabeza de su derecha es Quinci, seguro. Era teniente mío. Además, tiene sentido que hayan separado dos picas para los dos caballeros de los otros seis españoles.

El anciano volvió otra vez la vista hacia el sangriento trofeo que los turcos exhibían al otro lado de la estrecha bahía: las ocho cabezas de los hombres que no regresaron de su incursión por las trincheras enemigas la noche anterior. La avanzadilla se había encontrado rodeada por un sorprendente número de jenízaros y, confundidos en plena noche, no pudieron regresar a la tronera con el resto. Vázquez de Avilés había insistido tanto en dirigir la partida que, incluso a pesar de hallarse aún enfermo, el Gran Maestre había consentido. Y ahora, en lugar de disponer de un prisionero turco vivo para interrogar, habían puesto nada menos que a ocho al alcance de Mustafá Bajá. Y, entre ellos, a un privado del Gran Maestre que conocía la disposición

más secreta de las defensas y el plan de resistencia al sitio tan bien como él mismo.

—¿Quiénes más los han reconocido?— preguntó La Valette.

—Guiral, fray Galcerán Ros y varios españoles de su Lengua creen que se trata de Vázquez de Avilés —dijo el maestre de campo, Melchor de Robles—. A mí también me lo parece, pero ¿cómo estar seguro? De todas formas, fueron ocho los que no regresaron… ¿por qué habrían los turcos de mostrarnos ocho cabezas si pudieron capturar a alguno vivo?

Romegas se disponía a hablar cuando fue interrumpido por Francisco de Aguilar, que les observaba desde la casamata apoyado sobre el cañón de su viejo arcabuz. Las penalidades que sufrían en aquel interminable sitio habían relajado las costumbres y protocolos de la Orden de tal manera que un soldado dando su opinión ante el Gran Maestre ya no le parecía a nadie una impertinencia poco decorosa.

—Eso es lo que yo haría si no quisiera que el enemigo supiese que conozco sus planes defensivos, obtenidos mediante tormento.

El Gran Maestre La Valette se volvió hacia Aguilar. A pesar de no tener mando, era muy conocido y respetado por su valor, probado en múltiples lances a bordo de la galera San Juan y a las órdenes de Francisco de Guiral, de la Lengua de Castilla.

—¿Qué hacéis vos aquí? ¿No tenéis la guardia en la posta del comendador Guiral? — dijo el italiano Romegas, algo molesto.

—Aguilar tiene razón. A los bajás les conviene hacernos creer que no capturaron a ninguno de esos desdichados con vida. Y la culpa es toda mía por consentir en esa misión.

Aquellos voluntarios tenían órdenes de no dejarse capturar vivos, pero eran demasiados como para que ese riesgo fuera bajo.

—Quiera Dios que, si alguno fue capturado y recibió tormento, no haya hablado del muro interior que con tanto secreto y esfuerzo hemos construido tras la posta de Castilla —El Gran Maestre pensaba en voz alta y no notó la cadencia fracturada de su voz—. Confiábamos en que el enemigo siguiera pensando que ese era el punto más débil mientras concentrábamos hombres en el fuerte de San Miguel.

—Vázquez y sus españoles nunca nos traicionarían, ni bajo tortura —aseguró el maestre de campo, a su espalda.

—Nadie duda del valor de los españoles y su respeto a los juramentos, de Robles —dijo Romagas—, pero si mañana los turcos evitan atacar la posta de Castilla, quedará claro que alguno de los españoles se quebró, y el Burgo estará perdida, como le pasó a Djerba. No tardaremos en saberlo, para nuestra salvación o nuestra ruina. ¿Qué pensáis vos, Aguilar?

El soldado continuaba mirando pensativo aquellas ocho sangrientas picas en lontananza, y respondió sin inmutarse.

—Dadas las circunstancias, entendería que hubiera flaqueado la voluntad de alguno de mis hermanos de armas y faltado a su juramento ante el rey, nuestro señor.

—¡Sabed que no es digno de vuestra reputación dudar de esa manera de los nuestros, Aguilar! —exclamó airado el maestre de campo, encarándose frente al soldado—. No hace ni cinco días que mandé colgar del muro a un italiano por sugerir que más nos convendría aceptar la oferta de rendición de Mustafá Bajá. Vuestra ambigüedad es ya una mancha en nuestra honra. Volved a

vuestro puesto y rezad por el alma de esos ocho valientes sin temor, pues enseguida habremos de ver cómo carga el enemigo contra la posta de Castilla, y en Castilla quiera Dios que los aplastemos.

A pesar de su valía y el buen juicio que muchos le atribuían en la Orden, Francisco de Aguilar siempre había demostrado un ánimo demasiado hosco, independiente y, en ocasiones, colérico, que no había beneficiado a sus intereses en esa isla expuesta y conservadora. Estaba casado con la mujer más bella de la vecina isla de Gozo, lo que no pocas veces le había obligado a jugar de mano a aquellos a los que la tentación contra el noveno mandamiento hacía por acercarse al sexto. Ese mismo día se le vio mucho rondando solo por las postas, a veces observando las posiciones con semblante sombrío, como ensimismado, pero otras acercándose a departir animadamente con sargentos de guardia con cualquier excusa. Al despensero de San Ángel, incluso, le maltrató por negarse a atender a sus preguntas. Otros aseguraron haberle visto repeliendo el intento que por la tarde hicieron los turcos por San Miguel con mucha arcabucería, pero fue al día siguiente, a la hora de comer, cuando apareció con su arma al hombro por la posta de Provenza, la celada calada y limpio el peto, como si ya tocara participar en el desfile de la victoria. Entretenidos con el almuerzo y confiados en la reputación de tan valeroso español, la guardia desatendió la tronera y no vio cómo Aguilar tiró su arcabuz, del que pocas veces se separaba, se dejó caer al foso y en pleno día salió a la carrera frente a la posta de Aragón hacia las trincheras del enemigo. Tiempo le dio solo a salvar el foso por el otro lado antes de que se diera la alarma en todo el muro. En ningún momento el soldado miró atrás ni mostró duda. Tiraron contra él no menos de veinte arcabuces y piezas pequeñas de artillería desde

la posta de Provenza hasta el castillo de San Miguel. Por momentos pareció que detenía su carrera, herido o aturdido ante el vendaval de plomo y pólvora que se le venía encima, pero enseguida retomaba el ritmo cambiando de dirección, como una liebre acorralada, con las plumas rojas de su celada sirviendo de blanco a los que hasta ese momento habían sido sus hermanos de armas. A medio camino de las trincheras de la Burmola una bala de cañón le vino tan cerca que no se le pudo ver de tanto polvo que desplazó, y ya estaban los cristianos celebrando haberse cobrado la pieza cuando su figura se levantó otra vez para consumar su traición. Los turcos, sorprendidos por lo que estaba pasando, le daban ánimos a grandes voces para que no desfalleciera y completara los cincuenta pasos que le separaban de la muerte, lo que hizo al punto, a pesar de las heridas que sin duda había recibido. Por la algarabía y movimiento que se observó poco después junto a la tienda de Mustafá Bajá en Calcara, pocas dudas surgieron respecto a la utilidad de aquella sorprendente traición.

Al día siguiente, siete de agosto, y como todos esperaban, los turcos arremetieron con grandes fuerzas intentando el asalto definitivo a la ciudad. Ocho mil hombres atacaron el fuerte de San Miguel y no menos de cuatro mil se lanzaron a la vez contra la posta de Castilla, en uno de los enfrentamientos más duros y encarnizados de todo el sitio. Desde el amanecer hasta pasado el mediodía se combatió con saña por ambas partes, hasta el punto de que el Gran Maestre, dando ya casi por perdida la plaza, tomó una pica y participó personalmente en la defensa de la posta de Castilla, por la que ya había entrado el enemigo, sobre el muro interior que había mandado construir. Los turcos, sorprendidos por esa inesperada defensa en ese sector, intentaron

sobrepasarla, pero se encontraron rodeados por arcabuceros bien protegidos, y acosados por piedras que les caían por doquier, así como abundantes fuegos artificiales y bombas de pez. El Señor quiso que aquel día la victoria fuera para la Cristiandad y Su Majestad Católica el rey Don Felipe Segundo de España. Dos mil doscientos cadáveres turcos quedaron sobre el campo en ese día sangriento para acreditar el triunfo.

El Gran Maestre se acercó a ofrecerle una copa de vino aguado a Melchor de Robles, que había sido herido en un brazo de golpe de cimitarra.

—Parece que a la postre Juan Vázquez de Avilés no reveló el refuerzo interior de la posta de Castilla. Dios le tenga en su Gloria, porque, de haberlo hecho, ahora mismo estaríamos todos muertos. Lo que no entiendo es por qué Aguilar no le contó ese punto a Mustafá, que vos y yo sabemos que conocía bien por haberlo comentado con él delante. ¿Planeasteis vos con él por ventura una falsa deserción a mis espaldas?

—Eso sólo podría funcionar si nadie más lo supiera, monseñor. Y nadie que yo conozca se atrevería a ocultarle a Su Excelencia un riesgo tan grande para la plaza. Por otro lado, ¿puede siquiera concebirse un sacrificio tal que ponga vida y honor en juego de esa manera sin decírselo absolutamente a nadie? Tengo para mí que lo que le pasó por la cabeza ayer a Francisco de Aguilar sólo Dios y él, si aún sigue vivo, lo saben.

Los dos hombres bebieron juntos compartiendo un silencio que no olvidarían, hasta que el vino fue calentando poco a poco sus miembros para pelear otro día más.